

ra entender mejor las claves de esta obra, que se completa con un amplio y bien documentado aparato de notas a lo largo de la traducción, que ilustran muy certeramente sobre múltiples aspectos del texto.

El balance, en fin, de esta edición del *Valtario* es extremadamente positivo y nos ofrece además una buena excusa para descubrir el fascinante universo mítico germánico y su penetración en el occidente romano.

ANTONIO MORENO HERNÁNDEZ

ATWOOD, MARGARET, & ROBERT WEAVER (eds.), *The New Oxford Book of Canadian Short Stories in English*, Toronto, Oxford & New York: Oxford University Press, 1997, 462 páginas.

El lugar privilegiado que ocupa la narrativa breve dentro de la literatura norteamericana en lengua inglesa convierte a las antologías de relatos cortos en publicaciones de gran relevancia para todos cuantos se interesan por la literatura de ficción producida en los Estados Unidos y Canadá. En ambos países abundan los escritores que han alcanzado una sólida reputación únicamente cultivando dicho género, considerado menor en Europa, donde suele ser necesario que los au-

tores que cultivan la prosa se consagren con una novela completa. El prestigio del que goza la narrativa breve en Norteamérica explica tanto la proliferación de cursos universitarios exclusivamente dedicados al estudio de tal materia, como la arraigada costumbre de incluir relatos breves en cualquier programa de enseñanza de la literatura. Y, aunque ocasionalmente en cursos muy especializados se utilicen colecciones de un solo autor, por razones prácticas los profesores tienden a recurrir a las antologías que ofrecen variadas muestras de la producción correspondiente a un determinado período, a un área geográfica concreta, a un origen étnico particular, o bien al conjunto de una nación.

Entre las antologías de narrativa breve anglo-canadiense de uso más generalizado se encuentra la selección hecha por Margaret Atwood y Robert Weaver, publicada en 1986 bajo el título de *The Oxford Book of Canadian Short Stories*, con 41 relatos de autores nacidos entre 1850 y 1951. El hecho de que el volumen que aquí reseñamos tenga los mismos compiladores e idéntica editorial impulsa a juzgarlo tomando el anterior como principal punto de referencia. La primera cuestión que se nos plantea consiste en valorar en qué medida se justifica el calificativo de «nuevo» como único elemento diferenciador entre ambos títulos. La simple comparación de los dos índices revela cómo 12 de los 47 relatos reunidos en la

antología más reciente ya figuraban en la antigua. Otros 18 relatos son obra de autores que no aparecían en el primer volumen, mientras que los 17 restantes pertenecen a escritores que anteriormente estaban representados con distintas narraciones.

La permanencia inalterada del primer bloque se explica porque está formado por un conjunto de narraciones breves que han alcanzado el status de «clásicas» dentro de la relativamente joven literatura canadiense anglófona. Por ejemplo, nada hay que reprochar a la decisión de mantener «The Lamp at Noon», por tratarse no sólo de uno de las mejores piezas breves de Sinclair Ross, quizás la que más intensamente evoca la vida en las pequeñas ciudades de las Praderas durante la gran recesión económica de los años 30 y la que ofrece una visión condensada del ambiente reflejado en la excepcional novela *As For Me and My House*, sino también por constituir una muestra emblemática de toda una literatura nacional con fuertes raíces regionales. Inevitable ha sido la supresión de un cierto número de relatos, puesto que la editorial no quiso aumentar las dimensiones de la segunda antología. Prescindir de Bharati Mukherjee es comprensible si se tiene en cuenta su afán por integrarse plenamente en la sociedad estadounidense y sus reiterados ataques contra Canadá, país en el que residió al inicio de su carrera literaria. Siempre habrá quien insista en recordar la etapa canadiense de

Mukherjee, pese a las manifestaciones de rechazo que la propia autora viene efectuando, pero en este caso los compiladores han preferido eludir la tediosa polémica de las fronteras. Únicamente mencionan a Mukherjee como «escritora nacida en la India» en la nota biográfica sobre su esposo, Clark Blaise, cuyo relato «A Class of New Canadians» figura en ambas antologías. Conviene advertir al respecto que Clark Blaise aparece en el *Who's Who in Canadian Literature: 1997-1998*, mientras que Bharati Mukherjee está ausente.

Si discutible parece la selección de otros eliminados, tales como Mordecai Richler, más conflictiva resulta aún la elección de diferentes relatos para ilustrar la producción literaria de los escritores presentes en ambos volúmenes. En ocasiones parece que el criterio fundamental para establecer los cambios ha sido la voluntad de actualizar la antología con ejemplos más recientes. Si bien la cronología es un elemento a considerar, no debe prevalecer siempre sobre los restantes. En este sentido es particularmente desafortunada la sustitución de «The Ice Wagon Going Down the Street» (1963), una de las piezas que mejor ilustran temática y técnicamente la obra de Mavis Gallant, por «Scarves, Beads, Sandals» (1995). Idéntica decepción causa el cambio de «The Peace of Utrecht» por «The Jack Randa Hotel», que está lejos de constituir uno de los más brillantes frutos de Alice Munro. Lo mismo

ocurre con la sustitución de «Slogans», un buen ejemplo de la problemática lesbiana tan característica de los escritos de Jane Rule, por el anodino «The End of Summer». En cambio, parece adecuado el que la propia Margaret Atwood haya decidido reemplazar su relato «The Sin Eater» por «True Trash».

Digno de elogio es el esfuerzo por incorporar las nuevas voces de escritores que se han dado a conocer en la última década. La presencia de inmigrantes pertenecientes a diversas minorías étnicas es consecuente con una aproximación a la literatura canadiense que trata de reflejar el multiculturalismo de una sociedad auténticamente plural. Es un acierto reunir aquí a Dionne Brand y a Neil Bissonndath, ambos originarios de Trinidad aunque ideológicamente enfrentados, por mantener posiciones políticas divergentes (en torno a la construcción de la identidad canadiense y a otros temas igualmente controvertidos) con un discurso radical de signo opuesto. También encontramos en la antología una excelente muestra de la narrativa de Rohinton Mistry, que emigró a Canadá desde su Bombay natal en 1975 y que actualmente ocupa un lugar preferente en la literatura canadiense contemporánea con sus novelas *Such a Long Journey* y *A Fine Balance*. Además, con la inclusión de escritoras como Linda Svendsen y Caroline Adderson, nacidas en Vancouver (B.C.) y Edmonton (Alberta) respectivamente, se ha aten-

dido a las insistentes peticiones de quienes se quejan del olvido que a veces sufren los autores oriundos de provincias canadienses distintas de Ontario.

Por otra parte, «One Good Story, That One» permite recordar que fue precisamente Margaret Atwood quien nos descubrió el talento de Thomas King en 1990, cuando éste todavía publicaba sus narraciones breves en revistas de reducida circulación. Este tipo de intuiciones es uno de los numerosos méritos de Atwood, que a su extensa obra como poeta, novelista y ensayista, suma la esporádica labor de editora literaria. Considerando que ha colaborado con Robert Weaver, sería injusto atribuirle a Margaret Atwood todos los aciertos y los posibles fallos de esta compilación, como si fuera ella la única responsable. La introducción a la primera antología constaba de dos secciones bien diferenciadas, cada una firmada por su autor. Sin embargo, la segunda antología comienza con unas observaciones sólo firmadas por Atwood en las que presenta la nueva selección como el resultado de una tarea conjunta, con la colaboración de Bill Toye. Con la perspectiva que le dan diez años de distancia, la escritora expresa su deliberado intento de evitar las generalizaciones de su antigua introducción, que aquí se ha omitido, con lo cual ahora se ha privado a los lectores de algunas opiniones críticas interesantes que todavía tienen vigencia. En vez de actualizarlas o matizarlas, At-

wood ha preferido sustituirlas por unas breves notas en las que se debate entre la desilusión y la esperanza ante el incierto futuro del arte canadiense.

M.^a TERESA GIBERT

CHOMSKY, NOAM, *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*, Barcelona, Editorial Prensa Ibérica, 1998, 320 pp.

Estamos ante una recopilación de escritos y textos recientes de su autor, que rinde buenos servicios a quien quiera empezar a hacerse una idea del trabajo chomskyano en estos años últimos. En realidad la investigación lingüística se encuentra hoy tan diversificada que lo que hacen unos estudiosos se parece poco a lo que hacen otros, pero todos ellos se refieren a aspectos del lenguaje y todos por tanto –si trabajan bien– abordan aspectos pertinentes y empíricamente adecuados de su objeto de análisis.

Hay quien prefiere dedicarse por ejemplo a la significación de los tiempos verbales, o a la constitución fonético-fonológica del español moderno generalizada en el paso del siglo XVI al XVII, etc., pero lo mismo tales asuntos que los que aborda por ejem-

plo Noam Chomsky en su libro actual no deben resultar ajenos al lingüista: todos ellos son pertinentes si están bien enfocados, aunque por supuesto el lingüista no pueda ocuparse materialmente del conjunto completo de los mismos.

Uno de los textos más recientes del volumen del que damos noticia es el rotulado «Nuevos horizontes en el estudio del lenguaje» (1997); vamos a sintetizar por nuestra parte en siete enunciados sus sucesivas propuestas, para dar idea así del carácter de la investigación chomskyana:

1. La facultad del lenguaje es una propiedad de la especie, y varía poco entre los humanos.

2. De esta manera cada hablar resulta de la interacción del estado inicial y el transcurso de la experiencia: podemos pensar en ese estado inicial como un «dispositivo para la adquisición del lenguaje (LAD)» que toma la experiencia como input y proporciona el hablar en tanto output. «El estado inicial del lenguaje es común a la especie».

3. La teoría idiomática está obligada a poseer tanto adecuación descriptiva como explicativa. Una gramática particular es adecuada descriptivamente si «da un informe completo y correcto» de las propiedades del idioma de que se trate; para satisfacer la adecuación explicativa, «una teoría del lenguaje tiene que mostrar cómo cada lenguaje particular puede derivarse de un estado inicial uniforme bajo las «condiciones límite» es-